
POESÍAS.

LEYENDO A SILVA.

Vestía traje suelto de recamado biso
en voluptuosos pliegues de un color indeciso,
y en el diván tendida, de rojo terciopelo,
sus manos, como vivas parásitas de hielo,
sostenían un libro de corte fino y largo,
un libro de poemas delicioso y amargo.

De aquellos dedos pálidos la tibia yema blanda
rozaba tenuemente con el papel de Holanda

por cuyas blancas hojas vagaron los pinceles
de los más refinados discípulos de Apeles:

era un lindo manojito que en sus claros lucía
los sueños más audaces de la Crisografía:

sus cuerpos de serpiente dilatan las mayúsculas
que desde el ancho margen acechan las minúsculas,

o trazan por los bordes caminos plateados
los lentos caracoles, babosos y cansados.

Para el poema heroico se vía allí la espada
con un león por puño y contera labrada,

donde evocó las formas del ciclo legendario
con sus torres y grifos un pincel lapidario.

Allí la dama gótica de rectilínea cara
partida por las rejas de la viñeta rara;

allí las hadas tristes de la pasión excelsa:
la férvida Eloísa, la suspirada Elsa.

Allí los metros raros de musicales timbres :
ya móviles y largos como jugosos mimbres,
ya diáfanos, que visten la idea levemente
como las albas guijas un río transparente.

Allí la Vida llora y la Muerte sonríe
y el Tedio, como un ácido, corazones deslíe...

Allí, cual casto grupo de núbiles Citeres,
cruzaban en silencio figuras de mujeres
que vivieron sus vidas, invioladas y solas
como la espuma virgen que circunda las olas :

la rusa de ojos cálidos y de bruno cabello
pasó con sus pinceles de marta y de camello,

la que robó al piano en las veladas frías
parejas voladoras de blancas armonías

que fueron por los vientos perdiéndose una a una
mientras, envuelta en sombras, se atristaba la luna...

Aquesa, el pie desnudo, gira como una sombra
que sin hacer ruido pisara por la alfombra

de un templo... y como el ave que ciega el astro diurno
con miradas nictálopes ilumina el *Nocturno*

do al fatigado beso de las vibrantes clines
un aire triste y vago preludian dos violines...

.....
La luna, como un nimbo de Dios, desde el Oriente
dibuja sobre el llano la forma evanescente

de un lánguido mancebo que el tardo paso guía
cómo buscando un alma, por la pampa vacía.

Busca á su hermana; un día la negra Segadora
—sobre la mies que el beso primaveral enflora—
abatiendo sus alas, sus alas de murciélago,
hirió a la virgen pálida sobre el dorado piélagos,
que cayó como un trigo... Amiguitas llorosas
la vistieron de lirios, la ciñeron de rosas ;
céfiro de las tumbas, un bardo israelita
le cantó cantos tristes de la raza maldita
a élla, que en su lecho de gasas y de blondas,
se asemejaba á Ofelia mecida por las ondas :
por élla va buscando su hermano entre las brumas,
de unas alitas rotas las desprendidas plumas,
y por élla... "Pasemos esta doliente hoja
que mi sér atormenta, que mi sueño acongoja,"
dijo entre sí la dama del recamado biso
en voluptuosos pliegues de color indeciso,
y prosiguió del libro las hojas volteando,
que ensalza en áureas rimas de són *calino* y blando
los perfumes de Oriente, los vívidos rubíes
y los joyeros mórbidos de sedas carmesíes.
Leyó versos que guardan como gastados ecos
de voces muertas; cantos á ramilletes secos
que hacen crujir, al tacto, cálices inodoros ;
metros que reproducen los gemebundos coros
de las locas campanas que en *El día de Difuntos*
despiertan con sus voces los muertos cejijuntos
lanzados en racimos entre las sepulturas
á beberse la sombra de sus noches oscuras...

...Y en el diván tendida, de rojo terciopelo,
sus manos, como vivas parásitas de hielo,
doblaron lentamente la página postrera
que, en gris, mostraba un cuervo sobre una calavera...
y se quedó pensando, pensando en la amargura
que acendran muchas almas; pensando en la figura
del bardo, que en la calma de una noche sombría,
puso fin al poema de su melancolía:
exangüe como un mármol de la dorada Atenas,
herido como un púgil de itálicas arenas,
unió la faz de un Numen dulcemente atediado
a la ideal belleza del estigmatizado!...
Ambicionar las túnicas que modelaba Grecia,
y los desnudos senos de la gentil Lutecia;
pedir en copas de ónix el ático nepentes;
querer ceñir en lauros las pensativas frentes;
ansiar para los triunfos el hacha de un Arminio;
buscar para los goces el oro del triclinio;
amando los detalles, odiar el Universo;
sacrificar un mundo para pulir un verso;
querer remos de águila y garras de leones
con qué domar los vientos y herir los corazones;
para gustar lo exótico que el ánimo idolatra
esconder entre flores el áspid de Cleopatra;
seguir los ideales en pos de Don Quijote
que en el Azul divaga de su rocín al trote;
esperar en la noche las trémulas escalas
que arrébaten ligeras a las etéreas salas;

oír los mudos ecos que pueblan los santuarios,
amar las hostias blancas; amar los incensarios
(poetas que diluyen en el espacio inmenso
sus ritmos perfumados de vagaroso incienso);
sentir en el espíritu brisas primaverales
ante los viejos monjes y los rojos misales;
tener la frente en llamas y los pies entre lodo;
querer sentirlo, verlo y adivinarlo todo:
eso fuiste, ¡oh poeta! Los labios de tu herida
blasfeman de los hombres, blasfeman de la vida,
modulan el gemido de las desesperanzas,
¡oh místico sediento que en el raudal te lanzas!
.....
¡Oh Señor Jesucristo! por tu herida del pecho
¡perdónalo! ¡perdónalo! descíende hasta su lecho
de piedra a despertarlo! Con tus manos divinas
enjúga de su sangre las ondas purpurinas...
Pensó mucho: sus páginas suelen robar la calma;
sintió mucho: sus versos saben partir el alma;
¡amó mucho! circulan ráfagas de misterio
entre los negros pinos del blanco cementerio...
.....
No manchará su lápida epitafio doliente:
tallad un verso en ella, pagano y decadente,
digno del fresco Adonis en muerte de Afrodita:
un verso como el hálito de una rosa marchita,

que llore su caída, que cante su belleza,
que cifre sus ensueños, ¡ que diga su tristeza !...

.....
¡ Amor ! dice la dama del recamado biso
en voluptuosos pliegues de color indeciso ;

¡ Dolor ! dijo el poeta : los labios de su herida
blasfeman de los hombres, blasfeman de la vida,

modulan el gemido de la desesperanza ;
fue el místico sediento que en el raudal se lanza ;

su muerte fue la muerte de una lánguida anémona,
se evaporó su vida como la de Desdémona :

ebrio del vino amargo con que el dolor embriaga
y a los fulgores trémulos de un cirio que se apaga...

¡ Así rindió su aliento, bajo un sitial de seda,
el último nacido del viejo Cisne y Leda !...

LOS CAMELLOS.

Lo triste es así...

PETER ALTENBERG.

Dos lánguidos camellos, de elásticas cervices,
de verdes ojos claros y piel sedosa y rubia,
los cuellos recogidos, hinchadas las narices,
a grandes pasos miden un arenal de Nubia.

Alzaron la cabeza para orientarse, y luego
el soñoliento avance de sus vellosas piernas
— bajo el rojizo dombo de aquel cenit de fuego —
pararon silenciosos, al pie de las cisternas...

Un lustro apenas cargan bajo el azul magnífico,
y ya sus ojos quema la fiebre del tormento :
tal vez leyeron, sabios, borroso geroglífico
perdido entre las ruinas de infausto monumento.

Vagando taciturnos por la dormida alfombra,
cuando cierra los ojos el moribundo día,
bajo la virgen negra que los llevó en la sombra
copiaron el desfile de la Melancolía...

Son hijos del Desierto : prestóles la palmera
un largo cuello móvil que sus vaivenes finge,
y en sus marchitos rostros que esculpe la Quimera
¡ sopló cansancio eterno la boca del Esfinge !

Dijeron las Pirámides que el viejo sol rescaldaba:
“ amamos la fatiga con inquietud secreta...”
y vieron desde entonces correr sobre una espalda
tallada en carne, viva, su triangular silueta.

Los átomos de oro que el torbellino esparce
quisieron en sus giros ser grácil vestidura,
y unidos en collares por invisible engarce
vistieron del giboso la escuálida figura.

Todo el fastidio, toda la fiebre, toda el hambre,
la sed sin agua, el yermo sin hembras, los despojos
de caravanas... huesos en blanquecino enjambre...
todo en el cerco bulle de sus dolientes ojos.

Ni las sutiles mirras, ni las leonadas pieles,
ni las volubles palmas que riegan sombra amiga,
ni el ruido sonoro de claros cascabeles
alegran las miradas al rey de la fatiga :

¡ Bebed dolor en ellas, flautistas de Bizancio
que amáis pulir el dáctilo al són de las cadenas,
sólo esos ojos pueden deciros el cansancio
de un mundo que agoniza sin sangre entre las venas!

¡ Oh artistas! ¡ Oh camellos de la Llanura vasta
que vais llevando a cuestras el sacro Monolito!
¡ Tristes de Esfinge! ¡ novios de la Palmera casta!
¡ Sólo calmáis vosotros la sed de lo infinito!

¿ Qué pueden los ceñudos? ¿ Qué logran las melenas
de las zarpadas tribus cuando la sed oprime?
Sólo el poeta es lago sobre este mar de arenas,
sólo su arteria rota la Humanidad redime.

Se pierde yá a lo lejos la errante caravana
dejándome — camello que cabalgó el Excidio... —
¡ cómo buscar sus huellas al sol de la mañana,
entre las ondas grises de lóbrego fastidio!

¡ Nó! buscaré dos ojos que he visto, fuente pura
hoy a mi labio exhausta, y aguardaré paciente
hasta que suelta en hilos de mística dulzura
refresque las entrañas del lírico doliente;

Y si a mi lado cruza la sorda muchedumbre
mientras el vago fondo de esas pupilas miro,
dirá que vió un camello con honda pesadumbre,
mirando silencioso dos fuentes de zafiro...

DIA DE CENIZA.

Y habló sobre mi frente la Ceniza
para decirme que la sima oscura
recogerá tras la sangrienta liza
los restos de mi ajada vestidura;

Y entre la gruta de los negros Hados,
en el regazo de la Noche ciega,
seco montón de huesos desatados
verá la luz si a acariciarme llega.

Hoy el pálido numen de lo inerte
a su callada soledad convida
al que vive soñando con la Muerte
y al que muere soñando con la Vida.

Allí, bajo la cúpula sagrada
donde alivian su espíritu los hombres,
al correr de la turbia marejada
oí sus gritos y olvidé sus nombres:

“¡No nos dejen morir! la luz colora
cálidos horizontes. Vuéla, oh nave,
tajando azul con tu luciente prora,
¡todo es sol, todo es verde, todo es ave!”

(¡Ay si al dulce clamor de los Amados
abre el piélagos vórtice que crispa!
¡si en medio de la mar desembarcados
se apaga su fulgor como una chispa!)

“¡No nos dejen vivir! Un astro yerto
que empuja el huracán por el vacío
alumbra las arenas del desierto...
¡todo es hiel, todo es sombra, todo es frío!”

“Vivir, vivir hasta que el diente agudo
del último dolor el pecho muerda,
y la Esperanza, bajo el golfo mudo
hunda el último mástil y se pierda”...

(¡Oh los ancianos! Soñolientos sauces
doblados sobre el lecho de unos ríos
que abandonaron con los viejos cauces,
ramajes que lamentan sus desvíos.)

* * *

Tú, reina de las vagas mariposas,
silfa de alitas trémulas que diste
celos á las visiones vaporosas,
dí, ¿por qué tienes la mirada triste?

— Doquier cenizas... Misterioso dedo
marcó su frente con el signo amargo;
acercóse risueña y siente miedo
de sus seniles ósculos, letargo —

¡No el antro pavoroso tu pupila
sonde ni pidas voz a su mutismo,
tú, la blanca parásita que oscila
sobre las negras fauces del abismo!

Llorad como la virgen israelita
vuestra dorada juventud, estrellas
con cuerpos de mujer donde palpita
todo el encanto de las noches bellas.

¿ Vivís? Agonizáis como las flores
que en el jarrón oscuro de la Tierra
cortadas fueron...

¡ Mágicos olores
recuerdos de un capullo; voz que yerra

por los dormidos cálices; desmayo
en las hojillas de apacible verde:
en un tibio crepúsculo de Mayo
vuestra belleza lánguida se pierde!

Llenemos el espacio de gemidos
cantando la canción de los abrojos,
gritemos como gritan los heridos
entre la siega de los lauros rojos;

¡ Gemid poetas! funeraria urna
do bullen entre gélidos arcanos
— bajo la propia lobreguez nocturna —
los versos como lívidos gusanos:

Ante los orbes que el espacio aleja
en el silencio de la excelsa Altura,
el mundo cruzará como una abeja
que vaga susurrando su amargura...

LOS CRUCIFICADOS.

O crux, ave, spes unica!

A JULIO FLÓREZ.

Muy negras son tus canas,
¡ oh Trágico sombrío!
y muy dulce morir antes que llegue
la trémula vejez envuelta en frío.
¿ A qué seguir con taciturno paso
de camellos?... Dormid al pie del Monte
para no ver manchado el horizonte
con el ávida sombra del Ocaso...

* * *

En las nudosas cruces
agonizan los mártires; el brillo
roba el dolor a sus hinchados ojos,
que miran a los ámbitos desiertos
con la turbia fijeza de los muertos.

Fuéles la tierra dolorosa: en haces
brotó para sus sienas rama indócil
de puntas erizada; clavos fríos
que los frágiles huesos taladraron;
para su cáliz, de amargura lleno,
la Vida, — inmensa flor — sudó veneno.

En las cruces nudosas
se retuercen las víctimas, tocadas
de martirio las testas luminosas
por lívidos perfiles coronadas.
Lánguidamente en hilos tembladores
tibia la sangre por su faz chorrea
y humedece los párpados, gotea
sobre la barba que en rojizos grumos,
cual en bronce tallada, se obscurece.
Y de sus cráneos la soberbia roca
no bate ya, con las frementes alas
el grifo luminoso de lo eterno...
Y se enturbió la linfa transparente
de las glaucas pupilas,
claros pozos de lumbre
que del vivir el tedio reflejaron,
y es mudo el labio que de cumbre en cumbre
vibró en la lid relámpagos de acero...
¡Oh mártires! ¡oh ruinas
que marcásteis el áspero sendero
con gajo alterno de laurel y espinas!

En torno de las cruces
do murieron las víctimas, aullando
se amontonó la plebe enfurecida
como un tropel de deslomadas hienas.
Y abajo, los zarzales por alfombra,
y arriba, el Numen, el Amor, la Calma;
los mártires, en medio,
rasgando — muertos — la terrena sombra
al blando golpe de su fresca palma.

.....

¡Oh videntes, oh mágicos cantores!
ahogad el himno, que la cruz aguarda
vuestras manos febriles;
Huíd rompiendo el arpa cristalina,
a refugiaros en las sombras. Llegan
los salvajes de puño sanguinario:
cuando en la viña del furor se anegan,
¡asesinan a Dios en el Calvario!

El verso, cual la tenue lamparilla
que entre las tumbas ocultaba Roma,
alumbra mudo vuestras almas. Hielo
lleváis sobre el espíritu cansado,
y a los Libros — el Arbol de dolóres —
del matador que insulta vuestro duelo
sólo llegan los bárbaros clamores.

Pobres muertos que en hórrida solumbra
durmiendo están: la ráfaga de gloria
sobre sus frentes pálidas no alumbra.
¿Qué importa si mañana el Orbe acude,
el Orbe acude entero
a recoger los huesos polvorosos
del mártir que murió sobre el madero?
El libro quedará cual leño santo
de seca sangre por doquier teñido...
y a la víctima, en tanto,
sofocará la zarza del Olvido.

Muy negras son tus canas,
¡oh Trágico sombrío!
y muy dulce morir antes que llegue
la trémula vejez envuelta en frío.

¿A qué seguir con taciturno paso
de camellos?... Dormid al pie del Monte
para no ver manchado el horizonte
con el ávida sombra del Ocaso...

En las cruces nudosas
perecerán los mártires. Doliente
el Ideal, las alas fatigosas
plegando en el azul, lánguidamente
descenderá sobre la tierra, herido;
y como el Genio del silencio mudo,
las almas tristes lo verán caído
sobre el sangriento marco de su escudo...

AMARILLO CROMO.

Tema del pintor Boecklin.

Un Apeles de barba rubia
y de ojo límpido y azul,
se disponía una mañana
a retratarse en plena luz:

tomó pinceles y paleta,
y bien provisto de color,
acomodó su caballete
donde le diese oblicuo el sol.

¡Ras! una línea. "Estoy, se dijo,
en mi florida juventud,
tengo una barba crespada y rubia
y el ojo límpido y azul;

hay que poner en las pupilas
una infinita claridad
que reproduzca, en límpidas ráfagas,
la iluminación cerebral;

Hay que trazar esta cabeza,
urna del genio y del amor,
y descoger sobre las sienes
una cabellera de dios;

será la boca flor de fuego,
felina, elástica, sensual,
do vibren púrpuras y esmaltes
del marisco más singular;

que el oído perciba el eco
de lo que dice en queda voz
la roca a la espuma que pasa
y el crepúsculo al arrebol,

y la nariz sienta el perfume
con tan sutil intensidad,
que no le escape una molécula
en su divisibilidad.”...

Pintaba el maestro, pintaba
cuando, abriéndose la pared,
un esqueleto pavoroso
llegó a colocarse tras él;

púsole la mano en el hombro,
diciendo: “La Muerte soy yo:
traza en tu lienzo mi figura
y allí viviremos los dos.”...

Y el artista siguió pintando
con infantil ingenuidad...
y se mezclaba en el espejo
su faz viva á la muerta faz.

Súbitamente huyó el fantasma
atravesando la pared;
(el artista pintó a la intrusa
apoyada la mano en él).

¡Qué buen retrato! barba y rizos,
mejillas, color y nariz;
¡qué bien la barba! y esos dientes
y esa palidez de marfil;

sólo que el ojo copia, triste,
la iluminación cerebral,
y la nariz se abre a perfumes
de una acritud particular;

que el oído percibe frases
de desaliento y de dolor,
y parece escuchar el ritmo
del más pausado corazón.

¡la boca tan sólo, esa boca
felina, elástica, cruel,
se pliega en gesto voluptuoso
de melancólico desdén!...

El maestro miró el retrato
como buscando la razón
de aquella indecible amargura
que al comenzarlo no ideó.

“Ya estoy, prorrumpe; si es que opaca
ese amarillo sepulcral
el tono opalino, el violeta
y el rosado crepuscular.”

Y un poeta que estaba oyendo,
“pienso, le dijo, como tú:
ese amarillo de las tumbas
nos ha entristecido el Azul.”...

MOTIVOS.

I.

A LA MANERA ANTIGUA.

No la veréis en el festín riente,
vertiendo luz la túnica de oro:
la belleza es su velo trasparente,
y la virtud su divinal tesoro.

Violeta humilde que a la sombra vive,
donde su aroma embriagador consume,
Ella mi oculta adoración recibe,
y aspiro allí su virginal perfume.

Nada valen los nítidos diamantes,
nada, la luz que por Oriente asoma,
cuando ruedan dos lágrimas amantes
de sus hermosos ojos de paloma.

Su imagen bella, como blanca nube
que flota en el azul de mi memoria,
ya en alas del ensueño a lo alto sube,
ya besa mi alma, convertida en gloria.

Si volando a la luz no alcanzo el cielo,
si persigo el Edén y encuentro el Polo,
Ella es la cima do a parar el vuelo
voy tras el huracán, perdido y solo.

Aguila soy que destrozó sus alas
en largo batallar con la tormenta,
y Ella me ciñe de impalpables galas
y con amor mi corazón calienta.

Si su boca risueña y perfumada
frases murmura de amoroso hechizo,
sucede entre mi sér una alborada
a las tinieblas que su voz deshizo.

Mi noche sólo a atravesar alcanza
de su mirar la voladora estrella;
vivir podré sin fe, sin esperanza,
¡ah! ¡pero nunca sin su amor, sin Ella!...

II.

A LA MANERA MODERNA.

*...Consonances d'une désolation
incomparable.*

MAURICE BARRÉS.

Venid calladas horas de místico recuerdo,
que en el profundo vórtice de la memoria pierdo
con el naufragio de un ¡Ayer!
Resurja ya el paisaje que reflejó mi mente
como refleja el fondo de límpida corriente
el gris del turbio anochecer...

Resurja ya el paisaje cubierto de neblina
que a los fulgores trémulos de lumbre vespertina
mis ojos vieron con amor,
buscando consonancias para mi sér enfermo
sobre la tierra estéril de aquel infausto yermo
lleno de musgos y de horror.

Allí las mustias frentes de los enhiestos montes
tendidos en falange robaban horizontes
con el negror de su capuz;
y yo guardaba el tedio que a imagen de esas rocas
oprime los espíritus con sus heladas tocas
y pára el vuelo de la Luz!

Un mirto reflejóme, de macilentos troncos,
que oyó morir sus hojas entre sonidos roncós
y desamparo nocturnal;
sobre su hendido pecho crece una irídea blanca
que vivirá si un hálito de tempestad no arranca
al viejo amante tropical...

Y ví las muertas aguas donde sus tallos truncos
reclinan tristemente los amarillos juncos
faltos de aliento juvenil;
sobre las aguas gélidas de la dormida charca
un pálido nelumbio que leve brisa enarca
mueve su cáliz de marfil.

Yo cifro el mudo lago de la Melancolía
do nacen los ensueños que viven sólo un día
sin ver la ráfaga estelar;
y entre la urdimbre oscura que su candor agobia
tiembla — nenúfar místico — la imagen de una novia
con fresco nimbo de azahar.

¡ Venid! calladas horas de mágico recuerdo,
que en el profundo vórtice de la memoria pierdo
con el naufragio de un ¡ Ayer!
Resurja ya el paisaje que reflejó mi mente
como refleja el fondo de límpida corriente
el gris del turbio anochecer.

VOZ MUDA.

Como casto abanico cuyos pliegues recata
una mano de virgen, bajo el broche de plata
estas hojas ocultan su misterio de amor.
Negra oruga que habitas los oscuros tinteros,
encamina tus pasos por lejanos senderos,
y no manches la albura de éstas ramas en flor:

si aparecen tus huellas, en arisca bandada
se levantan los sueños, de la tela manchada,
como grupo de garzas cuando asoma el lebrél:
— déja oír el silencio de las frases no escritas,
roedor alfabeto que al espíritu quitas
tantas fibras sonoras, ¡ tanta gota de miel!

Hay un fuego que anima lo inviolado: destella
con el ojo del niño, con la pálida estrella,
áureo lotos errante por el piélago azul:
es el Mago que enciende los rubores de grana,
y en el cuerpo desnudo de la Venus pagana
hizo pliegue discreto sobre el diáfano tul.

Lo Inviolado es la rama donde forjan ensueños
avecillas gemelas cuyos cálidos sueños
interrumpe la aurora con su grito de luz:
es de sacras abejas la colmena sonora
que atesora las mieles de una rústica flora
en las cóncavas grietas de amarillo sauz.

Lo Inviolado es el cáliz de una lívida rosa
donde tiemblan los iris de sutil mariposa,
ágil beso con alas de una flor a otra flor;
es la rubia pestaña de la virgen que adoro,
cuyos ojos cautiva con sus hilos de oro
(leve jaula de halcones con que caza el Amor).

Lo Inviolado es albura; virginal idioma
do son cifras el ala de la esquiva paloma
y el oriente opalino de las perlas del mar;
donde riman los cisnes de mullido plumaje
con las nieves del monte, con la espuma salvaje,
y las gasas del alba son el fresco azahar...

Oye, pálida virgen, la de negras pupilas,
que en las horas rosadas de las tardes tranquilas
melancólica observas la caída del sol,
si a las hojas sin letras sus misterios arrancas,
hallarás en el fondo de las páginas blancas
la tristeza infinita del plomizo arrebol;

cantan dulces anhelos bajo el ara bruñida
de esas hojas sin sombra como canta la Vida
al través de los velos de eucarístico Pan.
Vieja araña del tedio, que tu red enmarañas
por la página blanca, cual las negras arañas,
hay allí mariposas: ¡si te acercas, se van!

No allí dejes, oh bardo, tu fatídico acento;
no interrumpas con ayes el callado concento
que alzan tímidas voces de candor infantil;
¡Bestia humana! no pises con tus cascos hendidos
en las albas corolas de estos prados floridos,
y no lledes tu invierno donde reina el Abril...

CROQUIS.

Bajo el puente y al pie de la torcida
y angosta callejuela del suburbio,
como un reptil en busca de guarida,
pasa el arroyo turbio...

Mansamente
bajo el arco de recia contextura
que el tiempo afelpa de verdosa lama
sus ondas grises la corriente apura,
y en el borde los ásperos zarzales
prenden sus redes móviles
al canto de los yertos peñascales.

Al rayar de un crepúculo, el mendigo
que era un loco tal vez, quizá un poeta,
bajo el candil de amarillenta lumbre
que iluminaba su guarida escueta,
lloró mucho...

Con honda pesadumbre
corrió al abismo, se lanzó del puente,
cruzó como un relámpago la altura,
y entre las piedras de la sima oscura
se rompió con estrépito la frente.

Era al amanecer. En el vacío
temblaba un astro de cabeza rubia,
y con la vieja ráfaga de hastío
que despierta a los hombres en sus lechos
vagaba un viento desolado y frío;

se crispaban los frágiles helechos
de tallos cimbradores; lluvia densa
azotaba los techos:
¡enmudecía la ciudad inmensa!
y me dije: ¡quién sabe
si aquellas tenues gotas de rocío,
si aquella casta lluvia
son lágrimas que vienen del vacío,
desde los ojos de la estrella rubia!

Rubia estrella doliente,
solitario testigo
de la fuga del pálido mendigo,
¿fuiste su ninfa ausente?
¿eres su novia muerta,
a los albores de otra luz despierta?
Rubia estrella, testigo
de la muerte del pálido mendigo,
cuéntame a solas su pasión secreta:
¿fue él acaso tu férvido poeta?
¿en las noches doradas,
bajo el quieto follaje de algún tilo,
tus manos delicadas
le entornaron el párpado tranquilo,
mientras volaba por su faz inquieta
tu fértil cabellera de violeta?
Rubia estrella doliente,
solitario testigo
de la fuga del pálido mendigo...

.....

Va cayendo la tarde. Soplo vago
de insólita pavora
mana del fondo de la sima oscura,
el cadáver, ya frío,
se ha llevado en sus ímpetus el río.

Entre la zarza un can enflaquecido
lame con gesto de avidez suprema
el sílex negro que manchó el caído
con el raudal de sus arterias rotas;
luego el áspero hocico relamido
frunce voraz, y con mirada aviesa,
temeroso que surja entre la gente
alguien que anhele compartir su presa,
clava los turbios ojos en el puente...

CABALLEROS TEUTONES.

De heroico siglo en apartado día
cruzaba una pareja de teutones
por las llanuras de la vieja Hungría,
olvidados con noble bizarría,
de escudos, capacetes y trotones.

Tan sólo á sus cinturas eslabona
pesado anillo la marcial tizona
que a sus puños de acero confió el rito:
bajo el limpio metal que la aprisiona
no ha turbado sus sueños el delito,

ni en baja lid con la mesnada oscura
jamás melló sus filos tajadores,
ni, de su temple y su virtud segura,
se abatió nunca a combatir la impura
falange de malsines y traidores.

Zurda banda de pillos y gañanes
con la pareja solitaria cierra,
que, entre la grita audaz de los rufianes
y al golpe de sus toscos guayacanes,
en sangre moja la manchada tierra.

A destrizar la sórdida gavilla
bastaba la teutónica cuchilla;
pero la ley caballeresca manda
perecer sin defensa en la demanda
antes que herir a gentes de trahilla.

Lustre consigan los honrados fueros,
de la altivez al generoso brote;
a estilo de los bravos Caballeros,
¡prefiramos caer bajo el garrote
a mancillar los ínclitos aceros!

BALADA.

Al-Mojahed, el Califa
de la florecida barba,
aguileña nariz y ojos tan negros
como el café de la felice Arabia;

Al-Mojahed, el Califa
de veinte años, en Granada,
sus labios muestra sin color y tiene
los ojos tristes y la frente pálida.

No ya remira sus flores
abiertas al sol de Africa,
ni los corceles de cabeza enjuta
que devoran el viento de la pampa

sobre mullidos cojines
dobla la cabeza lánguida,
que a la luz del crepúsculo semeja
un lívido nenúfar entre agua...

Porque le encienda la vida
hizo venir á su alcázar,
de los confines del Oriente, un moro
de ojos de halcón y cabellera blanca.

Y horas después el Califa,
su fría mano apoyada
en el moro, las sordas galerías
de su desierta habitación cruzaba

hasta descubrir el muro
cuyas vidrieras caladas,
a breve altura, como el arte pide,
filtran la luz por sus rehendijas largas,

de donde ¡sueño fantástico
de los magos y las hadas!
salen brazos desnudos de mujeres
rubias, morenas, amarillas, pálidas.

Paróse junto, el Califa,
del primero que asomaba:
era el mórbido brazo de una rubia,
con infantil coloración de nácar.

Tómalo el moro, y al filo
de leve cuchilla, salta
sobre una copa de marfil luciente,
el jugo de la blonda castellana.

Asoma después, más negro
que el ojo de las gitanas
y el tinte oscuro que en dorado fondo
la piel sedosa de los tigres mancha,

el envilecido puño
de una virgen africana,
que al leve araño del cuchillo suelta
undívagas serpientes de escarlata...

Y, como de piedra inmóvil,
teñido con luz de alba,
viene luego la mística figura
de un brazo núbil de belleza casta;